
DE LAS RELACIONES ENTRE FILOSOFÍA Y POESÍA

ROBERTO SÁNCHEZ BENÍTEZ

Hannah Arendt ha señalado que actuar, en su sentido más general, “significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, ‘comenza’, ‘conducir’ y finalmente ‘gobernar’, ‘poner algo en movimiento’¹. De esta manera, el que el hombre actúe, él mismo siendo principio de la historia, significa que cabe esperar de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable. Sólo que, para la pensadora judía, la acción perdería su carácter revelador sin el acompañamiento del discurso. Es en la palabra hablada que el sujeto de la acción se identifica como tal, “anunciando lo que hace, lo que ha hecho y lo que intenta hacer”². Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan su única y personal identidad, y hacen su aparición en el mundo humano. Es a partir de lo señalado por Arendt que podríamos suponer la existencia de un nuevo discurso que acompañe el actuar humano, si éste lograra tomar en cuenta lo que una redefinición de las relaciones entre filosofía y poesía pudiera aportar. Tal como lo sostuviera Eduardo Nicol, filosofía y poesía son dos formas de hablar, y del discurso, agregamos, sublimes. Dichas relaciones han vuelto a plantear el problema de la identidad, la memoria y la historia, así como el de la verdad y el sentido de la existencia. Crear un nuevo discurso en el que quedarían planteadas las posibilidades de la acción, incluyendo lo inesperado, indeterminado, azaroso e interminable, tal como gustan de señalar muchos poetas y literatos en general. De esta manera, el “discurso literario” se encontraría siguiendo a la verdad, empresa típicamente filosófica, ahí donde menos se lo espera y con la novedad de los encuentros humanos, bajo cualquier circunstancia³. Discurso que no sólo acompañaría a la acción, sino que le brindaría caminos o posibilidades de realización tomando en cuenta a la naturaleza humana, que sólo actuando se hace valer, si hemos de seguir a la Arendt.

Yendo más allá del escepticismo, o prudencia, de la citada Hannah Arendt, quien considera que nunca se conocerá de manera completa la naturaleza humana y menos el porqué de los motivos que condicionan su

Escuela Popular de Bellas Artes, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.
/iliada85@hotmail.com

Última colaboración en *Ludus Vitalis*: “El dolor de vivir”, vol. XI, num. 20, 2003, pp. 221-224.

acción, dado que no se la conoce absolutamente y que no resultan, en consecuencia, suficientes los aspectos de su indeterminación, contingencia, mundanidad y pluralidad ⁴, cabe esperar la posibilidad de que quien relabora su subjetividad o nutre adecuadamente la gama de principios o valores morales, o recupera el sentido de su existir y formula su identidad desde la narración, la ficción o el uso de un discurso flexible que no desdeña ningún tipo de expresión, sea alguien que lo hace tomando en cuenta a la literatura. Valga entonces hacer las siguientes acotaciones breves, que permitirán situar adecuadamente el papel que tales problemáticas juegan en la nueva forma de entender las relaciones entre un discurso abstracto y otro referido a lo contingente, a aquello que de subjetivo e individual portan los sujetos.

De un tiempo a la fecha, la crítica de la cultura ha visto con especial interés las relaciones que entre filosofía y literatura se han establecido. Luego de sostener que se encuentran comprometidas con el “ser de la palabra” (la palabra del ser o lo que hace al ser, según se le vea), tal crítica reconoce que se encuentran además en un lugar privilegiado, en el recuento de los últimos acontecimientos en el orden de las ideas, la apreciación de la realidad, el cambio de valores, en el multiculturalismo, así como en la descripción del acontecer fenoménico. Tal como lo sostiene Hans-George Gadamer, entre filosofía y poesía se está dando la posibilidad de comprender lo que significan la pluralidad y complejidad de los usos de la razón, la verdad y la existencia.

Pero no sólo lo anterior, sino que las relaciones entre la dialéctica y la retórica, el papel de los tópicos en la argumentación, los usos de la metáfora, la noción de estilo como compromiso entre lo formal y los contenidos, el estatuto de la ficción, los tipos de conocimientos y verdad, el potencial reflexivo que tienen las narraciones, problemas derivados de las interpretaciones y la construcción textual, la subjetividad y su configuración moderna, la relación entre el orden simbólico y el de la representación, la construcción del sentido, forman parte de las temáticas que la reformulación de las relaciones señaladas ha traído consigo. En las mismas pareciera existir un plan alternativo y propositivo para estas cuestiones que, por otro lado, forman parte del debate de la posmodernidad. Estas relaciones entre filosofía y literatura se han llegado a entender como de complementariedad, o bien, como de comunidad de intereses en una búsqueda común de la verdad. A ello nos referiremos a continuación.

De cualquier manera, a partir de estas dos maneras de relación hablamos con mayor confianza de distintos sistemas de valor, de interpretaciones sobre la realidad que requieren cada vez más de estrategias argumentativas flexibles, capaces de recuperar proyectos razonables de vida. Sistemas valorativos que se expresan en recursos no conceptuales, como pueden ser las narraciones, los símbolos o las metáforas ⁵. Así, por

ejemplo, en la literatura han venido coexistiendo valores morales y estéticos, al lado de la transmisión por medios no directamente conceptuales, característicos de una visión de lo real completa y coherente. Tal sería, asimismo, el caso de la construcción del sentido de identidad de los sujetos sociales. Es por ello que se insiste en que la filosofía haría bien tomando en consideración a la literatura y su relato sobre las experiencias concretas de los individuos. La narración literaria como un modelo de descripción válido para la comprensión de la experiencia moral⁶. De ella se podrían desprender formas de autocomprensión y modos de ordenar la experiencia, actitudes ante conflictos y formas de elección entre vías alternativas de comportamiento. La literatura vendría a “llenar” el vacío de las reflexiones morales descontextualizadas. Otra manera de “ocupar” el tiempo libre⁷. Es por ello que Carlos Thiebaut ha sostenido que la construcción de la subjetividad en términos expresivos tiene una pertinencia central a la hora de abordar los contenidos éticos de la modernidad y que su consideración conduce a una interpretación devaluada del programa moderno⁸.

Por el camino de la búsqueda en común de la verdad, se entiende que, al igual que la filosofía, la labor de poetizar se vuelve constitutiva del existir, tal como lo entiende la ontología hermenéutica al estilo de Martin Heidegger o H. G. Gadamer. Para este punto de vista importan más los nexos que establecen entre sí el pensar y el poetizar, que la superioridad de uno sobre el otro, o de la ciega ignorancia o desdén mutuo, como ha ocurrido a lo largo de su historia. Más bien, entre filosofía y poesía existe una fecunda tensión que ha acompañado “todo el camino del pensar occidental”⁹.

Desde este punto de vista, será la indeterminación, la interpretación de lo ambiguo en la poesía, lo esencialmente humano. La multivocidad de la palabra poética tiene su auténtica dignidad en que corresponde plenamente a la multivocidad del ser humano. En el poema el lenguaje retorna a algo que él, en el fondo, es: a una unidad mágica de pensar y acontecer. Es en razón de ello que la poesía establece una relación privilegiada con la memoria, esto es, con cierta manera de entender el pensar. De manera sintética podríamos decir que la relación de la poesía con la verdad establecida por dos maneras: a) por el hecho de no adecuarse en todo tiempo a cualquier contenido, y b) que una vez adecuado cualquier contenido a la palabra poética, éste adquiere cierta legitimidad. Palabra que muestra lo que es *es*, y por ello, verdadera. La poesía será verdadera precisamente por su autocomplimiento, por dar forma o descubrimiento a una singularidad irremplazable, al ser específico de una visión, imagen, sonido o sentido. Será verdadera por su aproximación a nuestro mundo, dirigiéndose a nuestro existir.

Como hemos querido mostrar, de una nueva manera de entender las relaciones entre filosofía y literatura se desprende una serie de problemáticas muy acordes con la época que vivimos, dando pie a reformulaciones de planteamientos tradicionales en el orden del saber, la identidad, el valor y la verdad. Tal vez podamos esperar un nuevo discurso que acompañe a la acción en tiempos de orfandad histórica, seres sin herencia ni memoria, como se nos ha identificado a comienzos del siglo XXI.

NOTAS

1 Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 201.

2 Arendt, Hannah, *ibid.*, p. 202.

3 Recuérdese lo que señala el escritor checo Milán Kundera, a propósito de la novela. Dicho género no examina la realidad sino la existencia; los personajes literarios son “egos experimentales” que exploran la existencia en sus límites, a la vez que anticipan futuros “modos de ser” en el tiempo; que la modernidad tiene en Cervantes otro origen, al lado de Descartes; que uno de los legados cervantinos ha sido precisamente el haber establecido una cierta “sabiduría de la incertidumbre”; que de lo que trata la gran literatura es precisamente de recuperar lo que señaló atinadamente Heidegger, a saber, el “olvido del ser”; y finalmente, que la novela es portadora de novedades, como a su vez ha insistido Carlos Fuentes (Cfr. Kundera, Milán, *El arte de la novela*, México, Vuelta, 1988).

4 Arendt, Hannah, op. cit., p. 25. Como se sabe, uno de los rasgos determinantes que la discípula de Heidegger le concede al actuar humano es su carácter impredecible, así como el que pueda resignificar los acontecimientos del pasado, así como la imposibilidad de que pueda deshacer lo hecho. El carácter irreversible y no pronosticable de la acción humana: “Y esta incapacidad para deshacer lo que se ha hecho va ligada a una casi completa imposibilidad para predecir las consecuencias de cualquier acto o tener un conocimiento digno de confianza de sus motivos” (Arendt, op. cit., p. 253).

5 Uno de los libros centrales sobre el sentido epistémico de la metáfora lo es, sin duda, el de Paul Ricoeur, *La métaphore vive*, en el cual se argumenta, entre otras cosas, la imposibilidad de aislar el discurso “meta-físico” del “meta-fórico”.

6 Tal sería el caso de una de las más influyentes intelectuales norteamericanas en la actualidad, Martha Nussbaum (*The Fragility of Goodness*), o bien del polémico Richard Rorty (*Contingencia, ironía y solidaridad*) o Charles Taylor (*Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*).

7 Hans-George Gadamer distingue, por ejemplo, entre tiempo “vacío” y “lleno”. El primero corresponde a la usurpación o apropiación que padecemos gracias al vaivén de la vida cotidiana; es el tiempo del que “disponemos”, que se tiene o no, que se mide, el dedicado a algo, el que se tiene que llenar. Mientras que el segundo corresponde al tiempo propio; es el de la celebración, el que desaparece en la “fiesta”, es el tiempo del que no nos ocupamos; tiempo que se pierde (se gana, diría Lévinas) en una conversación, al igual que en la “demora” ante una obra de arte (Cfr. Gadamer, H.G., *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 103-105).

8 Véase, López de la Vieja, M. Teresa, (ed.), *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*, México, FCE, 1994, p. 186.

9 Gadamer, H.G., *Estética y hermenéutica*, Madrid, Tecnós, 2001, p. 173.